

SOBRE LA SITUACIÓN ACTUAL DEL PSICOANÁLISIS - MEMORANDUM

AMIGOS CRÍTICOS DEL PSICOANÁLISIS FREUDIANO*

“Los buenos deseos me vienen particularmente bien, puesto que han lanzado a todos los espíritus maléficos contra mí. Afortunadamente los conozco desde hace mucho y, por tanto, me inspiran escaso temor.”

S. Freud (1913)*

1 MIRADA RETROSPECTIVA

Joseph Breuer y Sigmund Freud, al no despachar los extraños fenómenos histéricos (afecciones somáticas sin sustrato orgánico) como si se tratara de simulaciones, hicieron estallar el marco de la medicina de su época modelada desde una perspectiva técnica y científico-natural. Al contrario, se tomaron en serio a sus pacientes (sobre todo a Bertha von Pappenheim y Anna von Lieben), considerándolos interlocutores y proveedores de información y se involucraron en un diálogo anamnético con ellos. Tal como muestran sobre todo sus cartas a Wilhelm Fließ, por esa vía Freud se transformó de un científico del objeto a uno del sujeto o, dicho de manera más precisa, en un crítico del carácter pseudo-natural o de naturaleza “segunda” de las instituciones constituidas a través de la historia individual y social. El Psicoanálisis se convirtió en Ciencia Social poniendo al descubierto que tanto el poder avasallador de las producciones neuróticas (o “religiones privadas”) de unos individuos abrumados por la cultura de la domesticación, como el poder de las instituciones culturales del tipo de las religiones colectivas establecidas, se fundan en el

* Un grupo de “Amigos Críticos del Psicoanálisis Freudiano” de diferentes países apela a los psicoanalistas organizados a abandonar su abstinencia política y a reformar la formación psicoanalítica (ver firmantes al final del Memorandum).

* Carta de Sigmund Freud a Max Eitingon, 7/1/1913, en Sigmund FREUD/ Max EITINGON: *Briefwechsel 1906-1939* (ed. Michael Schröter), T. 1, Tübingen: edition diskord, 2004, pág. 81.

olvido (o en la “represión”) de la historia de su formación. Es verdad que Freud insistió (presumiblemente teniendo presente a Francis Bacon) en que también el procedimiento desarrollado por él para desentrañar el enigma de las instituciones que limitan y reprimen a los individuos (socializados) en lugar de desarrollar sus potenciales, y justamente ese procedimiento, forma parte de una ciencia natural bien entendida.

A los y las médicos y psicólogos/as de orientación freudiana, que se agruparon en asociaciones profesionales de terapeutas, pronto les pareció poco plausible la conexión entre, por un lado, la terapia orientada a convertir a los “neuróticos” nuevamente en autores de su historia personal y, por otro, la novedosa psicología del inconsciente (esto es, la “metapsicología”) desarrollada en *Interpretación de los sueños* y la búsqueda de una “cultura que ya no subyugue a nadie” (Freud). Sobre todo consideraron –en la era de los movimientos y regímenes totalitarios– como un riesgo político *el vínculo entre terapia y crítica de la cultura* (es decir, la comprensión de la terapia como una crítica práctica de la cultura) y lo abandonaron de manera callada. La terapia, concebida como una “técnica” –y en cuanto tal utilizable supuestamente para diferentes “objetivos”–, se autonomizó frente a la teoría freudiana de la pulsión y del lenguaje que le servía de fundamento. Esa teoría fue acogida y perfeccionada por filósofos y filósofas sociales, así como por teóricos y teóricas de la literatura, lo que ignoraron y rechazaron en su mayoría los y las psicoanalistas.

El propio Freud intentó por medio de la neutralización mantener el psicoanálisis (en cuanto teoría y organización) al margen de la guerra civil europea que él supo avizorar. En los años 1932/33, por un lado, volvió a subrayar –en la última de sus *Conferencias de introducción al psicoanálisis*– su carácter anti-ideológico y científico natural y, por otro, puso en marcha la expulsión de Wilhelm Reich, un exponente de la “izquierda freudiana”.

En 1933, ideólogos como Carl Müller-Braunschweig se apresuraron a poner la técnica terapéutica al servicio del “levantamiento nacionalsocialista” con el fin de “salvar” la organización de los psicoanalistas. En las décadas que precedieron a la victoria sin oposición del movimiento hitleriano, victoria que supuso la quiebra en 1933 tanto al movimiento psicoanalítico como del movimiento obrero (revolucionario), los freudianos se entendían a sí mismos como una comunidad de interpretación liberal, filantrópica, pacifista y socio-educativa y terapéuticamente activa y, dentro del espectro político, se sentían próximos a la mayoría reformista de la socialdemocracia. La tendencia fundamental de crítica de la cultura, el estatus episte-

mológico y el contenido político de la terapéutica freudiana se volvieron problemáticos hacia el final de la República de Weimar. Imprimir al psicoanálisis un perfil de “ciencia natural” y reclamar para él una neutralidad política, fue algo que se produjo a expensas de la minoría socialista de la organización. A partir de entonces la “interpretación sociológica de los hallazgos psicoanalíticos”¹ se consideró una herejía y la actividad política en organizaciones de “izquierdas” como algo inadmisibles, porque supuestamente ponía en peligro la existencia de las asociaciones psicoanalíticas. Aquellos y aquellas terapeutas freudianos que se tomaban el serio el anti-autoritarismo de la “asociación libre” –del “desmontaje” del súper-yo (Ferenczi)– y querían hacerlo valer también fuera del tratamiento psicoanalítico, que, por lo tanto, se enfrentaban al statu quo político, se veían amenazados por el aislamiento (como Wilhelm Reich) o la expulsión. Si por el contrario cooperaban con las instancias del estado totalitario y se mostraban dispuestos a poner sus conocimientos médicos al servicio de la curación de funcionarios, de la represión de opositores al régimen (o incluso de la eliminación de indeseables), entonces se veían a sí mismos como especialistas y creían no ser responsables ni de los objetivos para los que en cada caso aplicaban su técnica, ni del programa marco de ingeniería humana del feroz Estado fascista, que los toleraba en tanto renunciaban a la crítica y la resistencia, abjuraban de la Ilustración freudiana y se desentendían de sus colegas perseguidos/as y asesinados/as. Durante el “apogeo” de la(s) psicoterapia(s) “arizada(s)” en los años previos a la guerra y en ella, la “medicalización”² del psicoanálisis se convirtió en su programa oculto.

El psicoanálisis organizado nunca fue apolítico (o “neutral”). Lo que sus portavoces proscribían como “mal uso político del psicoanálisis”, era una teoría y una praxis que se dirigía contra el statu quo, que se comprometía, por tanto, –fiel al programa freudiano– con la superación de una cultura de la guerra, las masacres y la superstición. Por el contrario, la política al servicio del orden existente (y de los “batallones más potentes”) –también el asesoramiento político del gobierno estadounidense y del FBI después de la entrada en la guerra de los EEUU y, más tarde, en los años de la “Guerra Fría”– no fue percibido como “política” por los facultati-

¹ Ernest JONES: “Report on the Sixteenth International Psycho-Analytical Congress: Opening Address by the President, Dr. Ernest Jones (Zürich, 15. 8. 1949)”, en *International Journal of Psycho-Analysis*, 30, 1949, London, pág. 178s.

² Paul PARIN: “Warum die Psychoanalytiker so ungern zu brennenden Zeitproblemen Stellung nehmen. Eine ethnologische Betrachtung” (1978), en H. Dahmer (ed.): *Analytische Sozialpsychologie*, T. 2, Gießen: Psychosozial-Verlag, 2013, pág. 653s.

vos/as y los funcionarios/as psicoanalistas (y, por ello, fue aceptado tácitamente o aprobado por el *establishment* psicoanalítico).

El rumbo ideológico marcado en los primeros años treinta –neutralización del psicoanálisis como “ciencia natural”, primado de la “técnica” terapéutica, desaprobación del compromiso político de los psicoanalistas, siempre que se dirigiera contra el statu quo– hizo escuela en la historia del psicoanálisis organizado. Lo que inicialmente parecía ser una medida de emergencia en una época difícil, se consolidó enseguida en forma de norma institucional. Sobre el trasfondo de la expulsión no comprendida ni reelaborada de los y las psicoanalistas judíos y socialistas de los centros de formación de Berlín, Viena y Budapest –de su persecución y, en no pocos casos, de su asesinato–, de la discriminación y marginación del psicoanálisis en la Unión Soviética estalinista (y en sus Estados satélite), así como de la persecución posterior de los psicoanalistas en los regímenes torturadores de Latinoamérica, dicho establecimiento de una norma interna en las asociaciones ha determinado directa e indirectamente la selección y la formación de las siguientes generaciones de psicoanalistas.

1 ADAPTACIÓN, HOY.

El problema del psicoanálisis es resultado de su fortaleza. Dado que sus conocimientos pueden capacitar para una comprensión crítica de la historia vital y cultural, se encuentra en contradicción con la situación dominante. Menos que nunca se consigue hoy el exigente ejercicio de equilibrio de actuar al mismo tiempo *dentro y contra la situación*. En la medida en que el psicoanálisis se ha involucrado en la situación existente, ha sido permeado por ella. Ha sido víctima de una economización que socava aquello que le es específico. En la competencia con terapias “más rentables” y orientadas biomédicamente parece disfuncional. La exigente terapia psicoanalítica, que no reprime ni desplaza los síntomas, sino que intenta devolver a los individuos oprimidos por las exigencias de sus entornos parte de su soberanía, se encuentra en desventaja en un mercado de innumerables promesas de curación. La difícil situación en la que se encuentran muchas instituciones y terapeutas psicoanalíticos los hace propensos a compromisos problemáticos; buscan aliados, pero a veces se trata de los falsos aliados.

Para “posibilitar el acceso al tratamiento psicoanalítico a todas las capas sociales”, las asociaciones psicoanalíticas en la República Federal de Alemania trabaja-

ron con miras a que la terapia psicoanalítica fuese incluida en el catálogo de prestaciones de las compañías de seguros médicos obligatorios. Urgieron al reconocimiento porque pretendían de este modo ejercer influjo social. Para asegurar la “demanda de abastecimiento” hubo que formar a un gran número de terapeutas analíticos/as, que dependían de las “prestaciones de las compañías aseguradoras”, gracias a las cuales aseguraban el sustento.

Sin embargo, la formación de los y las terapeutas orientados psicoanalíticamente exige más que nunca estructuras que se diferencian claramente de los modelos tradicionales de enseñanza y que no se ajustan a los controles habituales del aprendizaje. El saber psicoanalítico –lo mismo que el que proporcionan otras ciencias sociales críticas– choca con el sentido común de los aspirantes a ser formados. Produce no sólo una disonancia cognitiva, sino sobre todo una disonancia afectiva. Este “efecto sorpresa” pudo producir una transformación del esquema de referencia tradicional. No se trata, sin embargo, de un simple proceso de aprendizaje, sino de un proceso de formación que necesita tiempo y se resiste a su economización. La tendencia dominante evolucionó en una dirección completamente diferente. Pronto se creyó obligada a acomodar tanto la propia praxis como la formación psicoanalítica básica y permanente a las demandas de las compañías aseguradoras y de las asociaciones médicas, es decir, a poner en marcha una economización del psicoanálisis –a través de la supervisión externa de las instancias para el reembolso de costes, la limitación del número de horas, etc.–. De esta manera se transformó la autocomprensión, la praxis y la investigación. Desde entonces los y las psicoanalistas ya no escriben “novelas”, sino formularios de autorización. En sus diagnósticos ya no se nombran los conflictos pulsionales, sino que se consignan letras y cifras del ICD 10*, un sistema de diagnóstico que sustituye las dinámicas de los conflictos por trastornos aislados y conglomerados de síntomas. Con ello obedecen a una concepción de la enfermedad que responde a la fragmentación taylorista del sufrimiento psíquico, sufrimiento que tiene un origen biográfico y causas de carácter social. Este sistema diagnóstico se basa predominantemente en la terapia del comportamiento y en las ciencias neuronales.

Su adopción por los y las terapeutas psicoanalistas conduce a una especie “vaciamiento del núcleo” de la doctrina psicoanalítica, esto es, a una “eliminación” de la teoría de la pulsión y del conflicto, de la teoría de las formas de interacción rele-

* Sistema de Codificación de Procedimientos anexo a la Codificación Internacional de enfermedades, 10ª edición.

vantes para la neurosis y de la relación organismo-entorno, es decir, de la relación social o cultural. El psicoanálisis, que a partir de los años setenta había conseguido establecerse en la docencia y la investigación de las universidades, se ve expulsado de nuevo de ellas en el curso de esa evolución. La nueva marginación afecta incluso a instituciones que desarrollan un trabajo puramente terapéutico.

La comunidad psicoanalítica lamenta ciertamente esos desarrollos, pero no ha impulsado ni impulsa una oposición y una resistencia frente a ellos. Poco a poco se ha ido formando un tipo hoy dominante de psicoanalistas políticamente inhibidos y tímidos, que han hecho las paces con la situación dominante y, hasta donde se puede, dan la espalda a los “acuciantes problemas de nuestra época”. Actualmente la fracción freudiana de la *intelligentsia* ya no incluye sólo un par de cientos, sino muchos miles de terapeutas, pero carecen de voz en las luchas políticas de nuestra época. Se abandona de manera callada el vínculo freudiano entre investigación y curación en favor de la asunción de estándares “objetivistas” de investigación al servicio la autojustificación. El recorte de financiación resultante de la política científica de los Estados obliga a la investigación a recurrir a la financiación privada y entrega así la investigación psicoanalítica a la “tenaza asfixiante de la economía”. La mayoría de los y las psicoanalistas tiende a pactar con los adversarios del psicoanálisis e intenta armonizar la herencia freudiana con la neurociencia actual y la psicología cognitiva. Freud es definido retrospectivamente como un investigador del cerebro; por el contrario la psicología del inconsciente es más o menos declarada un recurso de urgencia que se ha vuelto innecesario. En el marco del “neuropsicoanálisis” la “pulsión” se convierte en una función del “*seeking system*” identificable anatomopatológicamente y el inconsciente se transforma en una “memoria implícita”; se considera obsoleta la metapsicología y en las neurosis se percibe sólo una cuestión intrapsíquica o una secuela de “traumas”.

El miedo real genera la tendencia de ceder ante “las necesidades imperantes” (Nietzsche³) del presente: miedo a las pérdidas económicas en caso de no someterse a las exigencias de las compañías de seguros de enfermedad, miedo al derrumbe de las instituciones a las que les suprimen fondos para la investigación o de las que, en caso de intentar sustraerse a la locura dominante de la economización y la eficiencia, se alejan los y las pacientes, así como los candidatos y las candidatas a la

³ Friedrich NIETZSCHE: *Die fröhliche Wissenschaft* (1882; 1887) [„La gaya scienza“]. 5º Libro, Afor. 370, en *Sämtliche Werke* (Kritische Studienausgabe), ed. Giorgio Colli and Mazzino Montinari, T. 3. München: dtv, 1980, pág. 621.

formación. Si no se tematizan esos miedos y se discuten en la “*psychoanalytic community*”, entonces a los afectados no les queda otra opción que la huida hacia delante o la obediencia anticipada con mala conciencia.

3 CONTEXTO SOCIAL Y PERSPECTIVA

Es urgente una protesta fundada analíticamente contra el creciente sometimiento de los individuos y sus universos vitales a los intereses de la economía y la administración política, porque los espacios de libertad internos y externos, de los que precisamente necesita el psicoanálisis, se siguen estrechando constantemente como efecto de la economización, el control biopolítico y la vigilancia universal por los servicios de inteligencia.

3.1 Colonización y control biopolítico

El éxito del sistema económico capitalista se basa en la estandarización de la vida humana en todos sus impulsos, de modo que sea calculable y pueda ser sometida a las exigencias de la economía de la rentabilidad. Hace tiempo que ya no se trata sólo de explotar la fuerza de trabajo, sino de capitalizar todos los ámbitos de la existencia humana – la alimentación, la educación, los sentimientos (*online-dating*, consultoría, terapia,...), las relaciones sociales (capitalización del cuidado, etc.), la comunicación (a través de las redes sociales y los medios de comunicación), el compartir (con la ayuda del modelo de negocio de la “*shared economy*”), la solidaridad (a través de la privatización de los bienes comunes), incluso el organismo (a través de la ingeniería genética, la medicina reproductiva y el comercio de órganos).

La creciente penetración de los cuerpos, los afectos y las instituciones por el pensamiento calculador va de la mano de la constricción de los márgenes individuales de acción. El ser humano ideal es el “bioautómata”, que garantiza un proceso productivo sin incidencias, no supone una carga para ningún sufragador de la seguridad social y consume mercancías y servicios hasta bien avanzada la vejez, entre ellos sobre todo aquellos que sirven a su salud y su fortalecimiento. El cuerpo humano ya no es considerado un asunto privado, sino un objeto de control biopolítico y aprovechamiento óptimo.

Se han desarrollado a gran velocidad técnicas médicas que ya no sirven sólo al control del comportamiento, sino que intervienen normativamente de manera directa en el sustrato orgánico: diagnóstico prenatal, medicina de trasplantes y tera-

pía génica. Con la tendencia a reducir lo psíquico a funciones cerebrales captables de modo neurofisiológico, se corresponde la “invención” de nuevas o la reinterpretación de conocidas patologías (ADHD*, Depresiones, etc.), cuya contención se realiza a gran escala de modo muy rentable con la ayuda de psicofármacos desarrollados recientemente.

3.2 Erosión cultural

“There is no such a thing as society”, declaró Margaret Thatcher a finales de los años ochenta del último siglo y esbozó de esa manera el programa para la remodelación de nuestro universo vital en consonancia con el mercado. Para poder seguir obteniendo ganancias a pesar de una disminución del crecimiento económico, el capital presionó para bajar los costes de producción, desregular los “mercados” y capitalizar instituciones de la economía no privada. El hecho de que estas pudieran ser de utilidad pública, pero pudieran trabajar de manera no rentable, no sólo les ha reportado el reproche de producir de manera derrochadora, sino también el de que desaniman a su clientela.

La fatal ideología del capitalismo temprano, según la cual en última instancia el interés privado es provechoso para el bien común, celebra su jubilosa reedición. Lo que vale ya no es la solidaridad y el bien común, sino la “responsabilidad individual” y una forma de vida “empresarial”. Los desposeídos han de poder fundar al menos un “Yo-S.A.”. Desde la guardería infantil al asilo de ancianos reina la competencia de todos contra todos, espoleados por los omnipresentes *rankings* en los que solamente puede haber un vencedor o una vencedora.

Las decisiones sobre educación, salud y cultura se toman cada vez menos en consideración de los derechos conquistados y legislados. Lo que se impone en su lugar es el o la más fuerte, la capacidad adquisitiva privada. Ya no son relevantes para el sistema ni las escuelas ni los sistemas de seguridad social, sino los bancos para cuyo rescate está permitido cualquier medio, también el completo desmantelamiento social y la “independización” de los “sobrantes” y la “gente sin techo”. Cuando se trata de valorar instituciones o prácticas, los valores tradicionales son desplazados por identificadores empresariales. Lo que está a la orden del día es la cuantificación: en las clínicas hay que conseguir la máxima ocupación de camas, en los municipios los presupuestos “cubiertos” exitosamente, en la televisión las cuotas de audiencia, en el cine y en los museos la maximización de la cifras de visitan-

* Trastorno por déficit de atención con hiperactividad

tes, en las escuelas y universidades el incremento del volumen de escolares, estudiantes y doctores que pasan por ellas, en la investigación los fondos externos obtenidos, los índices de impacto y el número de patentes presentadas. La salud se convierte en una mercancía, médicos y profesores se transforman en empresarios y pacientes y estudiantes en clientes.

3.2 Dentro de la situación y contra ella

El psicoanálisis busca una vía de escape a los callejones sin salida tanto de la cultura como de las biografías. Encontrar esa vía de escape en la situación actual parece más difícil todavía que en la que Freud formuló su novedosa crítica de las instituciones.

Paul Parin escribió que se trata de “crear islas de razón en medio de un mundo perturbadoramente autoamenazado”⁴. Para ello, la crítica psicoanalítica ha de rebelarse contra la colonización del mundo de la vida y ayudar a escapar de la tecnificación del ser humano. Ya es hora de que los y las psicoanalistas recuperen el sentido de su principal tarea: abrir a los individuos y a los grupos posibilidades de resistirse a la estandarización económica de la vida y de crear formas novedosas y autónomas de vida y trabajo.

Traducción del alemán de José A. Zamora

Firmantes del Memorandum “Sobre la situación actual del psicoanálisis”

(A 21 de mayo de 2014)

Josef Christian Aigner; Hans Albert, Rodolfo Álvarez del Castillo, Ismael Ahmadyan, Susi Anderle, Nina Arzberger, Gisela Bech, Dietmar Becker, Regina Becker-Schmidt, Josef Berghold, Ralf Binswanger, Gerd Böttcher, Mathis Bromberger, Markus Brunner, Martina Christlieb, Helmut Dahmer, Rainer Danzinger, Oliver Decker, Brigitte Demeure, Oliver Dietze, Götz Egloff, Albert Ellensohn, Sabine Emmerich, Karl Fallend, Anton M. Fischer, Ulrike Fuchs, Hans Füchtner, Thomas Gebauer, Hanna Gekle, Michael Giefer, José Antonio Gimbernat, Albrecht Götz von Olenhusen, Kurt Grünberg, Stefan Gsänger, Ursula Hauser, Norma Heeb, Rudolf Heinz, Denise Heseler, Jens Ihnen, Gordana Jovanovic, Anne Jung, Helmut Jung, Tamara Jupiter, Dave J. Karloff, Anthony D. Kauders, Ulrich Kobbé,

⁴ Citado de una carta de Christa Wolf a Paul Parin por su 90 cumpleaños.

Stefan Köchel, Anna Koellreuter, Hans-Dieter König, Julia König, Ulrike Körbitz, Martin Kronauer, Wolfgang Leuschner, Henry Lothane, Gert Lyon, Sama Maani, Jordi Maiso, Peter Mattes, Konrad Mauth, Nadja Meisterhans, Gustav Melichar, Marieluse Melichar, Usche Merk, Josie Michel-Brüning, Emilio Modena, Angela Morré, Knuth Müller, Ulrich Müller, Bernd Münk, Peter Mulacz, Ruth S. Neumeister, Bernd Nitzschke, Eva Novotny, Michaela Okorn, Klaus Ottomeyer, Raúl Páramo-Ortega, Ingeborg Paß-Kosmath, Karl-Josef Pazzini, Andreas Peglau, Beatrice Piechotta, Rolf Pohl, Cornelia Puk, Johannes Reichmayr, Josef Rabenbauer, César Rodríguez Rabanal, Nele Reuleaux, Günther Rösel, Carl Rothenburg, Gerhard Rudnitzki, Elisabeth von Salis, Thomas von Salis, Elisabeth Sander, Manfred Sauer, Bernhard Seubert, Thierry Simonelli, Ekkehard Schröder, Thomas Schwind, Christophe Solioz, Cornelius Textor, Günter Thien, Helfried Tiemeyer, Jürgen Todt, Elisabeth Troje, Tom David Uhlig, Urs Vogel, Thomas Vogt, Elisabeth Vykoukal, Andrea Weber, Martin Weimer, Erdmute W. White, Sebastian Winter, Jeanne Wolff-Bernstein, José A. Zamora, Siegfried Zepf, Mechthild Zeul, Markus Zöchmeister...